


EL
CONSEJO
DE LA
REINA

LA
ROSA
REBELDE

EMMA THERIAULT

 Planeta

© 2021 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos en español para México

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA MR.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Título original: *Rebel Rose (Volume 1)*
Título en español: *La rosa rebelde*
Textos: Emma Theriault
Traducido por: Alejandro Romero Álvarez

Primera edición en formato epub: marzo de 2021
ISBN: 978-607-07-7489-8

Primera edición en México: marzo de 2021
ISBN: 978-607-07-7323-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*



CAPÍTULO UNO

DIEZ AÑOS DESPUÉS, JULIO DE 1789

Erased una vez un príncipe encantado que se enamoró de una chica testaruda y juntos salvaron al reino. Sin embargo, eso era el pasado y ahora en lo único en lo que podía pensar Bella, mientras su carruaje avanzaba retumbando sobre el adoquín del Pont Neuf, era en el futuro.

París lucía tal como lo recordaba: frenético, caótico y obscurido por un humo que amenazaba con abrumar a una chica que estaba más acostumbrada a los campos extensos y los mercados viejos.

Se asomó por la ventana para contemplar la ciudad después de varios días en el monótono campo. Lumière seguía dormido, encorvado en una esquina; había pasado casi todo el viaje en esa misma posición. Sintió la mano de su esposo que sujetaba su falda, como si tratara de anclarla a su lado, pero ella no podía separar sus ojos del paisaje. La ciudad afuera del carruaje lucía tan visceralmente viva. El puente rebosaba con toda clase de gente: *bouquinistes* con sus puestos de libros viejos

y panfletos; charlatanes en sus plataformas elevadas, vendiendo sus viales de remedios; malabaristas haciendo su mayor esfuerzo por impresionar a las *grisettes* que volvían a casa después de un largo día de trabajo. Bella observaba con truculenta fascinación mientras un barbero arrancaba un diente de la mandíbula de un pobre hombre, apoyando el pie en la pared del puente detrás de él. Y debajo de todo ese bullicio, corría el turbio río Sena, que aún destellaba en la luz de la tarde, mientras los parisinos se aglomeraban en el dique para escapar del calor veraniego junto a sus frías aguas.

Bella se deleitaba con el paisaje igual que lo había hecho mucho tiempo atrás, cuando lo vio por primera vez desde la parte trasera de la carreta de su padre, amontonada entre sus inventos. Durante muchos años había tratado de convencerse, sin éxito, de que no había sido tan grandioso como lo recordaba; de que la vida en Aveyon no era tan soporífera en comparación. Se había esforzado por recordar solo la suciedad y la fetidez de París y, a pesar de que estos seguían estando muy presentes en su memoria, debajo había una ciudad rebo-sante de gente, de industria e iluminación, de poetas y filósofos, de científicos y académicos. Era una ciudad que valoraba el conocimiento, sin importar de donde proviniese, a diferencia de su aburrido pueblo, Plesance, donde se burlaban de ella por ser diferente. En su mente y sus sueños, París se convirtió en el lugar ideal para huir, antes de que conociera a Lio y el curso de su vida cambiara para siempre.

Absorbió la ciudad; apenas podía seguirle el ritmo a todo lo que ocurría afuera del carruaje.

—¿Sabes?, dicen que cuando la policía lleva tres días sin ver a alguien pasar por el Pont Neuf, están seguros de que esa persona se ha marchado de la ciudad.

—Ah, ¿sí? —Lio estaba distraído y quieto; prefería relajarse e ignorar París.

Ella volteó a verlo.

—No mentías cuando dijiste que no te llama la atención. Él le dirigió una sonrisa perpleja.

—¿Qué?

—París —respondió ella, inclinándose hacia él—. Yo siento como si mi piel no pudiera contenerme, pero tú... —Las palabras se quedaron en sus labios mientras le zumbaban los oídos en el repentino silencio del carruaje.

Él volteó a ver el concurrido puente y suspiró.

—París alberga muchos de mis recuerdos tristes. —Le tomó la mano y acarició la palma con su pulgar al ver que su sonrisa desaparecía—. Me alegra que estés feliz, Bella. Tal vez podamos crear nuevos recuerdos aquí.

Bella nunca había pensado en casarse, pero después de romper la maldición que tenía atrapado a su amor y liberar al reino, el matrimonio no parecía ser un gran desafío. El tiempo que había pasado en el castillo encantado la había cambiado. Cuando Lio le propuso matrimonio en la biblioteca que le había obsequiado, rodeada por su padre y la nueva familia que había formado en ese lugar, decir que sí le pareció la respuesta más natural del mundo.

Ahora, la maldición había quedado atrás, y aunque no se arrepentía de haber elegido a Lio, no había meditado en todo

lo que esa elección implicaba. Jamás se imaginó viviendo en un castillo, ni pensó en los deberes asociados con ser la esposa de un príncipe. Sin embargo, ambos necesitaban construir una vida juntos, y París sería la primera parada de la gran excursión europea que Bella siempre había soñado. Desde luego, Din Don se había quejado y argumentado que el hecho de que un príncipe recorriera el continente era algo indecoroso, además de una pérdida de tiempo, pero ella estaba determinada a ver todo lo que pudiera antes de quedar confinada a los muros del castillo de Lio para siempre. Necesitaba aferrarse a un poco más de aventura. Lumière había decidido acompañarlos durante el principio del viaje; ansiaba visitar las cocinas de los restaurantes más prestigiosos de París. Din Don lo había obligado a prometer que se comportaría, pero todos sabían que eso era demasiado pedir para Lumière, quien ponía el mismo empeño y dedicación a sus travesuras y fiestas que a sus deberes como *maître* del castillo.

Lio trató de hacer su humor melancólico a un lado.

—¿Todo es tal como lo recuerdas?

—París no ha cambiado —suspiró—. Yo sí.

—¿Lo dices porque eres una princesa?

Ella le dio un pequeño pellizco en el brazo mientras el carruaje daba la vuelta en la calle Dauphine.

—No soy una princesa. —Bella se había rehusado a aceptar el título que le correspondía por su matrimonio, y este era un tema algo delicado para ambos.

Por fortuna, él no insistió.

—Pero tampoco eres la misma chica que eras en aquel entonces.

Ella dirigió su atención a uno de los paneles empapelados del interior del carruaje y se puso a trazar las flores repujadas con la punta del dedo; no quería que él viera que su sonrisa había desaparecido otra vez. No sabía cómo explicarle que siempre sería esa chica; que ni los títulos ni los ropajes finos bastarían para cambiarla. En el fondo seguía siendo una pobre campesina provinciana que se había casado con alguien muy por encima de su clase social. A veces le preocupaba que su vida no fuese sino un conjunto de ilusiones; para Lio, ella era una chica digna de un príncipe y un reino, pero ante sus propios ojos, era una chica capaz de domar su inquieto espíritu y conformarse con una vida de quietud. Se preguntaba cuál de las dos ilusiones se rompería primero.

Enterró ese pensamiento desagradable mientras Lio cambiaba de tema.

—¿Quieres que repasemos todo una vez más?

Bella hizo una mueca. Ninguno de los dos sentía deseos de visitar la corte de Versalles, pero era un mal necesario. Aveyon era un principado y, durante siglos y según los deseos del rey de Francia, sus regidores habían residido temporalmente en la corte francesa. Era una relación que los beneficiaba a ambos y Lio deseaba restaurarla. Pero llevaba diez años ausente de la corte, sujeto a una maldición que lo había borrado de las mentes de todos los que lo conocían. Ninguno de los dos estaba seguro de cuál sería la posición del Rey Luis; tal vez estaría irremediamente molesto con Lio, o tal vez

ya lo había olvidado por completo. Pero de nada servía ignorar el problema. A la larga tendría que enfrentar al rey de Francia.

Bella se percató de los nervios de su esposo, así que trató de aligerar el ambiente.

—Para empezar, no debemos hablar con alguien de mayor rango a menos que nos dirija la palabra primero. Lo que me recuerda, ¿qué rango tiene un *prince étranger*?

Lio se encogió de hombros.

—Menor que un *prince légitimé* o un *prince du sang*, pero mayor que el de la mayoría de los nobles.

—¿Y qué me dices de la esposa de un *prince étranger*?

Lio alzó una ceja.

—Eso depende. Si hubiera tomado el título de princesa tendría mucho más respeto que por no hacerlo.

Bella se rehusó a morder el anzuelo.

—Para estar segura, lo mejor será que no hable con nadie.

—Lio puso los ojos en blanco, pero ella siguió—: ¿Estás seguro de que tu primo puede conseguirnos una invitación?

—La corte de Versalles era una bestia de protocolo y etiqueta, y Bella estaba segura de que nunca llegaría a entenderla.

Lio agitó una mano.

—Es un duque, Bella.

—Y tú eres un príncipe —respondió ella rotundamente.

Él apretó los labios.

—Es un duque que se ha congraciado con la corte de Versalles por muchos años. Conoce todos los pormenores. Si hay alguien capaz de conseguirnos una audiencia con el rey, es él.

Una versión más joven e ingenua de Bella habría asumido que el príncipe de Aveyon no tendría problema para asegurar una invitación a la corte. Pero esta versión más madura entendía que la corte del rey de Francia era todo un embrollo conformado por capas y capas de complejidad y circunvolción, diseñada para controlar a los mismos nobles que la habían concebido. Existía la posibilidad de que, incluso con la intervención del primo de Lio, les prohibieran el ingreso. Las reglas de Versalles habían sido establecidas por el abuelo del Rey Luis, y no podían descartarse. Tenían que comportarse de manera impecable o quedarían fuera de la corte para siempre.

Bella expresó la mayor preocupación de ambos.

—¿Estamos lo suficientemente preparados para las preguntas de tu primo?

Cuando Lio al fin se vio liberado de la maldición que lo atormentaba, todo su reino despertó y se topó con un mundo que se había olvidado de su existencia. El personal del castillo volvió a su forma original y encontró a sus familias, quienes residían afuera del castillo y ni siquiera se habían percatado de su ausencia. En su mayoría, regresaron poco a poco a sus vidas normales sin tener que explicar en dónde habían estado todo ese tiempo. Era como si la maldición hubiese cubierto Aveyon con una niebla de olvido, y cuando se rompió el hechizo, esta se hubiera dispersado. Por fortuna, el mundo fuera del castillo de Lio parecía estar dispuesto a aceptarlos de vuelta sin cuestionamientos.

A pesar de que había sido relativamente fácil idear una historia lo bastante convincente para esclarecer las dudas del

reino, a Bella y a Lio les preocupaba que su primo, quien solía ser como un hermano para él, pudiera ser la excepción.

Lio besó su mano como una muestra de confianza, pero Bella seguía sin estar muy segura.

—Claro que estamos preparados. Y en cuanto arreglemos este asunto con el rey, nos marcharemos de inmediato. Lo prometo.

Bella volteó a ver a su esposo y analizó el rostro que solo llevaba unos cuantos meses de conocer. Apoyó la cabeza en su pecho y escuchó el latido con el que estaba mucho más familiarizada.

—Será nuestra primera prueba.

Si podían mentir de manera convincente ante Bastien, Duque de Vincennes, tal vez lograrían hacer lo mismo ante el rey de Francia.